

## Jordan Corta - Cabezas

Es francés: lleva siempre una barba blanca: aparenta tener siempre las manos teñidas en sangre: celebra con carcajadas el número de cabezas que cortó en los motines de París: es jefe de un batallón de bandidos, en cuyas banderas o en cuyos sombreros está inscrita la palabra *bandidos*, temerosos de que en alguna parte se les tome por hombres honrados. De ellos el más inocente es merecedor de más de una pena capital. En 1791 Jordán operaba en Aviñón.

Si algún día visita a Aviñón, lector amable, el guía te acompañará al pie de la torre *Glaciere* y te mostrará unas extensas manchas negras, como regueros de sangre derramada desde los pisos superiores. En esta torre, en la noche del 16 al 17 de Octubre de 1791, Jordán consumó uno de los crímenes más espeluznantes que recuerda la historia de Aviñón. Mientras los bandidos daban muerte a los encarcelados, descargando sobre sus cabezas gruesas barras de hierro

y atravesándoles el cuerpo a bayonetazos, Jordán precipitaba de lo alto de la torre a más de sesenta víctimas de todas edades, sexos y condiciones. Como casi todos los infelices precipitados desde lo alto de la *Glaciere* no estaban más que atontados y heridos y los últimos lanzados caían sobre una superficie elástica, no se oía por doquiera más que ayes, sollozos y gritos de dolor — la sombría torre repetía en sus anchas bóvedas aquellos terribles lamentos. ¿Quién es el monstruo que de repente se atreve a asomar la cabeza en una de las altas ventanas de la torre? Es Jordan cortacabezas, el jefe de aquella manada de tigres sedientos de sangre. A su aspecto los gritos, el llanto, y los gemidos se redoblan: se les oye desde las casas vecinas, cuyos habitantes están poseídos de terror y piedad. Entonces los bandidos traen una gran cubeta de cal viva: arrojanla hirviendo en el foso, y aquella lluvia de fuego, cayendo de todas partes sobre las víctimas que gimen es como una

piedra infernal que cicatriza para siempre todas sus heridas. Entre tanto un último grito general, pero sordo y confuso, acompaña aquel golpe de gracia del verdugo. Aquel último grito, el más espantoso de todos, fue seguido de un lúgubre silencio.

El 16 de octubre de 1791 fue preso por los emisarios de Jordan y llevado a la *Glaciere* el P. Antonio de Nolhac, que había pertenecido a la antigua Compañía de Jesús y había venido ejerciendo por treinta años el cargo de párroco de San Sinforiano en Aviñón. A la llegada del párroco reanimóse el espíritu de los feligreses: a todos preparó para el último suplicio con la absolución sacramental. Rogando a Dios por sus asesinos y por su querido rebaño, el P. Nolhac fue lanzado sin piedad al fondo de la *Glaciere*.

El crimen cometido en Aviñón en las personas de tantos ciudadanos sería inaudito en la historia, si una amnistía más culpable todavía votada por la asamblea legislativa no hubiera borrado su eterno horror. Los gerondinos fueron quienes cubrieron con su protección y clemencia, en la asamblea legislativa a los infames de la *Glaciere*. Jordán, corta — cabezas, regresó a Aviñón, triunfante, y volvió a empezar sus brutales proezas. Mas la Justicia Divina aguardaba a aquel miserable, que pereció un poco más tarde en el caldoso.